

SUSCRICION

En las oficinas de la CORRESPONDENCIA ILUSTRADA, Infantas, núm. 42, bajo. En la librería de Fe. Carrera de San Jerónimo, núm. 2; en todas las demás librerías, y en el centro de suscripciones, Pasaje del café de Madrid.

En provincias por medio de nuestros Corresponsales, ó escribiendo directamente á esta Administración.

Número suelto: 10 CENTS.



DIRECTOR, D. PEDRO PAGAN.

PRECIOS

Madrid, 1 mes. 2
Prov. 3 meses. 7'50

PORTUGAL
3 meses..... 7'50

EXTRANJERO
3 meses..... 22'50

ULTRAMAR
3 meses..... 25

ANUNCIOS
Línea..... 0'
Comunicados y reclamos, precios convencionales.

Número suelto
10 CENTS.



AÑO II.—(II Epoca.)

Viernes 14 de Enero de 1881

NUM. 119

NUESTRO GRABADO

El de hoy está tomado de una fotografía de Adelaide.

No le mireis presurosos buscando el agradable perfil de una joven bella, simpática, reflexiva y modesta—que todas estas cosas parece que suenan cuando se pronuncia ese nombre;—no busqueis nada de eso: Adelaide es una población.

Si queréis convenceros, mirad en un mapa de la Australia el punto de intersección del paralelo 35; con el meridiano 136, longitud E. de Paris, y allí,

á nueve ó diez kilómetros de la costa oriental del golfo de San Vicente, encontraréis á Adelaide.

Y si buscáis más, encontraréis justificable el nombre que lleva.

Adelaide es joven: sólo cuenta veinticinco ó veintiseis años de existencia.

Es la población más bonita y de más alegre aspecto de todo el continente australiano; y esta particularidad se marca hasta tal punto, que los edificios destinados á los asuntos más serios, no tienen nada de serio en su arquitectura.

Creeréis contemplar la fachada de un teatro, cuando veáis el palacio de Justicia; y tomaréis

por una casa de campo el palacio del Gobierno.

El carácter de los grandes exploradores científicos está formado por la curiosidad y el amor á la vida aventurera, cualidades esencialmente femeninas. Así los hijos de Adelaide han legado á la ciencia geográfica los nombres de Warburton, que atravesó toda la Australia en 1874, desde Alice Spring hasta Nichol-Bay; John Forrest, que en el mismo año fué de Perth á Port-Augusta, y Giles, que siguió el mismo camino dos años más tarde.

Ya hemos visto que Adelaide está cerca del mar, como para recibir á los que llegan; y á sus espaldas—¡mucho ojo!—tiene una cadena.

Esta cadena se llama la Cadena del Monte Soberbio. Los montes que la forman no tienen de soberbio más que el nombre: apenas si se elevan á más de 1.500 piés. Son montes de señora.

Y si queréis convenceros por completo de la justicia con que esta población lleva nombre de mujer, examinad su historia.

Es la historia de muchas Adelaidas.

A poco de nacer, ya se notó su influencia en el distrito de la Australia del Sur, que fué declarado colonia independiente. Me parece que esto es un dato.

Adelaide no tenía, como algunas otras colonias,



VISTA DE LA CALLE DEL REY-WILLIAM EN ADELAIDA.—(De una fotografía.)

mina de oro; pero las tenía de cobre; y el descubrimiento de las minas de Capunda en 1843, el de la mina Burra-Burra (total dos burras), mucho más rica que Capunda y descubierta en 1845, y las maravillosas minas de Wallaroo y Monta, atrajeron á un considerable número de extranjeros. El cobre y los extranjeros bastan para la prosperidad de cualquier Adelaide.

Después creció y se hizo hermosa y se engalanó hasta el extremo que permite apreciar nuestro grabado, y ayudó á sus hermanas las otras colonias en el tráfico del oro y de la lana, y contrajo deudas. La de todas.

Entre todas las colonias australianas deben hoy

por término medio 67.000.000 de libras inglesas, de las que pesan noventa y cinco reales.

En todos los periódicos de Adelaide encontraréis pomposas descripciones de la fertilidad del suelo y de la benignidad del clima, y á propósito de esto dice un viajero: «Allí no existe la tisis, pues siempre cede á la benéfica influencia del clima; allí no hay fiebres, ni epidemias, ni nada que pueda parecerlo; algunas veces se muere; pero hasta esto lo señalan como casos puramente excepcionales. A pesar de esto, puedo dar fe de que en el mismo barco, que de nuevo me conducía á Europa, venían como compañeros de viaje diez ó doce enfermos del pecho, procedentes, ya de Adelaide, ya de al-

guna colonia vecina, y de los que cuatro fueron arrojados al mar durante la travesía.»

Miente: otro dato.

En las estadísticas que Adelaide publica de su movimiento comercial figuran como resultado de operaciones del comercio exterior los cambios y transacciones entre ella y las demás colonias, con objeto de hacer creer á los extranjeros en un movimiento comercial que excede en un 40 por 100 al que realmente existe. Esto me recuerda á esas niñas que regalan á los novios pañuelos bordados por las bordadoras y haciendo creer al novio otra cosa.

Las dos grandes producciones de Australia y por

consiguiente los artículos que dominan el comercio de Adelaide son, como ya hemos dicho, el oro y la lana.

Los olivos, los trigos y los viñedos no corresponden todavía á las esperanzas que en ellos fundan los cultivadores.

Respecto del oro, son muchos los que vuelven sin haberlo adquirido.

Alguno también va por lana y vuelve trasquilado.

¿Encontráis ya extraño que esa población se llame Adelaide?

F. SERRANO DE LA PEDROSA.